

Los valores y antivalores en el plan del reino de Dios proclamado por Jesús: su actitud frente al dinero, el poder y el prestigio

Pedro García sdb*

En este artículo el autor reflexiona sobre tres grandes antivalores que Jesús identificó en la sociedad de su tiempo y que aún persisten, con otras connotaciones e implicaciones, en nuestra sociedad occidental: el dinero, el poder y el prestigio.

Introducción

La acción salvífica que la iglesia cumple en su pastoral, en general, y en particular en su catequesis, implica necesariamente el anuncio de la figura de Jesucristo, el Salvador. En efecto, esta acción salvífica dejaría de ser eclesial y perdería su identidad si se omitiera. Quien se compromete en una acción de tal naturaleza debe necesariamente dar una respuesta seria y consciente a su interpelación.

Hoy en día tal respuesta es particularmente apremiante, dadas las nuevas situaciones culturales, sociales y económicas que la fe debe iluminar y, por qué no decirlo, hasta afrontar, como por ejemplo: el secularismo, el divorcio entre fe y vida, la injusta distribución de la riqueza, el aumento de la brecha entre ricos y pobres, el desastre

ecológico, etc. De allí que repetir simplemente lo que ya se ha dicho en el pasado en torno a la persona y la acción de Jesucristo, por cierto en sintonía con otros contextos y otras sensibilidades culturales, terminaría por agravar aún más la “ruptura entre evangelio y cultura” a la que ya hacía referencia Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi* (n. 20). La necesidad, pues, de hacer un serio esfuerzo de reinterpretación de la fe cristológica frente a tales realidades es impostergable si se quiere ofrecer un anuncio comprensible y cercano a los hombres y mujeres de hoy, sobre todo a los más pobres.

Frente a este anuncio cristológico cercano y comprensible, se puede hablar de un cierto debilitamiento de la atención hacia la genuina humanidad de Jesucristo y su figura histórica por parte de los

* Lic en Teología, encargado de la Pastoral Universitaria en la Universidad Don Bosco. Profesor de Eclesiología.

cristianos a partir de un cierto momento en la historia. Un debilitamiento que se ha mantenido e incluso intensificado hasta no hace mucho tiempo.

En tal sentido, nos parece que un rasgo cristológico que debe ser tenido en cuenta en todo anuncio (teológico, pastoral, catequético...), tiene que ver con un aspecto fundamental del programa lanzado por Jesús al comienzo de su actividad, el cual está expresado en su ya famosa proclamación: *"El plazo se ha cumplido. El reino de Dios está llegando. Conviértanse y crean en el evangelio"* (Mc 1, 15). La conversión que él nos propone en vista de la venida del reino implica un vuelco radical de todo lo que no podía convivir con la soberana presencia de Dios en el mundo, es decir con la realización de su voluntad ¹.

En efecto, la predicación de Jesús sobre el reino de Dios afecta a las personas y también al mundo de las personas². Los evangelios nos han dejado constancia de ciertas acciones que Jesús realizó en favor de ellas y de algunos conflictos sociales existentes en su tiempo, a fin de remover lo que él consideraba incompatible con tal presencia: enfermedades, desequilibrios, pecados, convencionalismos absurdos, relaciones desordenadas entre las personas y los grupos,

estructuras en las cuales esos desequilibrios se cristalizaban, etc. Hoy hemos de añadir algo que probablemente los cristianos y las actuales sociedades han olvidado en la práctica y vivencia de su cristianismo: que la propuesta del reino de Dios proclamada por Jesús, también requería la remoción de lo que podríamos llamar *los antivalores del reino* y la substitución de éstos por *valores apropiados*³.

En esto Jesús demostraba estar motivado por el mismo celo que movía a los profetas del Antiguo Testamento, es decir la defensa de la unidad del Dios-YAVÉ⁴, ya que, como ellos, luchaba para que el pueblo no se dejara seducir por los falsos ídolos. Sólo que para él "los rivales" del Dios del reino ya no eran los dioses cananeos o los dioses de los otros pueblos, sino el tipo de comportamiento que los hombres asumían en la práctica hacia la divinidad, porque lo absolutizaban, y le rendían culto con sus vidas y con sus conductas.

La actitud de Jesús frente al dinero

En el evangelio de Mateo encontramos esta expresión puesta en boca de Jesús:

"Nadie puede servir a dos amos: porque amará a uno y odiará al otro,

o será fiel a uno y al otro no le hará caso. Ustedes no pueden servir a Dios y al dinero" (Mt 6, 24).

Este texto permite recoger cuál fue el pensamiento de Jesús sobre el dinero, pensamiento que se explicita y se precisa, incluso, por otros datos suministrados por el evangelio.

Algo importante que habría que tomar en cuenta es que él no consideraba el dinero de manera totalmente negativa; más bien se servía de él ordinariamente para sus necesidades y para las de su grupo. En efecto, Lucas dice que las mujeres que lo seguían "los asistían [a él y a sus discípulos] con sus bienes" (Lc 8, 2-3); y Juan informa que el grupo tenía un administrador del dinero: Judas Iscariote. Todos estos son, pues, datos históricamente atendibles, por lo que concluimos que Jesús hacía uso del dinero.

Junto a este primer dato, sin embargo, se encuentra otro de decisiva importancia: él estaba firmemente convencido de que el apego al dinero constituye *uno de los más grandes obstáculos* para acoger el reino de Dios por parte de los hombres. Por ejemplo, esto se ve con suficiente claridad en la narración de la llamada del hombre rico, la cual nos recuerda que, cuando Jesús le pidió entregar

todos sus bienes para dárselos a los pobres y así llegar a ser discípulo, "se incomodó y se fue triste", rechazando la invitación (Mc 10, 17-22; Mt 19, 16-26; Lc 18, 18-23). La razón del rechazo la ponen en evidencia los tres evangelistas: "Era muy rico". Ellos añaden que este hombre arrancó de la boca de Jesús palabras en las cuales aparece con claridad su manera de pensar:

"Jesús, viendo que se entristecía, le dijo: ¡Qué difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el reino de Dios" (Lc 18, 24-25).

Lucas, que parece ser el evangelista más sensible respecto a esta actitud de Jesús hacia la riqueza, le atribuye estas palabras:

"Por eso les digo: Gánense amigos con los bienes de este mundo. Así, cuando tengan que dejarlos, los recibirán en las moradas eternas" (Lc 16, 9).

Estas palabras permiten entender que para Jesús la riqueza, en cuanto acumulación de dinero para sí mismo, *es siempre deshonesto*. Indudablemente es un signo de una convivencia humana en la cual algunos monopolizan los bienes materiales y otros permanecen

privados de ellos. Hablamos, pues, de una convivencia que no refleja la soberanía de Dios porque en ella está presente la muerte causada por la avaricia de los ricos, mientras que en los pobres se refleja la condición provocada por la codicia de aquéllos. Se trata, pues, del dinero mal habido que se erige como un ídolo y que es utilizado para oprimir a los otros.

Todavía puede añadirse un tercer dato que nos ofrece importantes luces acerca del pensamiento de Jesús sobre este ámbito. Está unido a una experiencia fácilmente verificable: quien es rico, precisamente por el hecho de estar bien y de no tener que sufrir las penurias que padecen los pobres, normalmente no está dispuesto a cambiar, pues prefiere que las cosas permanezcan sustancialmente como están, para así asegurar su propio bienestar. Esto se confirma claramente en los evangelios; quien tiene muchos bienes difícilmente acoge el anuncio de Jesús que apunta hacia un vuelco radical de las cosas. Porque, en definitiva, lo que él propone es un real *compartir los bienes* a fin de llegar a una situación en la cual todos puedan tener lo necesario para vivir dignamente.

Un signo elocuente en esta dirección se puede ver en las cinco narraciones sinópticas de la

multiplicación de los panes⁵. Indudablemente se trata de narraciones ricas en significados que expresan la tradición de la iglesia primitiva. Con un poco de pan y de pescado, a cuya posesión exclusiva renunciaron algunos, se sacian miles de personas y todavía sobra. A través de tal signo Jesús toca con mano que, cuando las cosas se comparten, en vez de disminuir se multiplican.

En esta disposición a compartir también se puede encontrar un motivo más de la ya conocida *opción por los pobres* hecha por Jesús en orden al reino anunciado. La experiencia atestigua que ordinariamente ellos, los pobres, están más dispuestos que los ricos a renunciar a lo poco que poseen y a repartirlo entre los que tienen necesidad. Con esto demuestran tener una especie de *connaturalidad* hacia la propuesta de Jesús, que en cambio frecuentemente falta en los ricos, los cuales, precisamente por este motivo, son por él tachados de necios. Lo pone en evidencia la parábola de Lc 12, 16-21. En ella el hombre rico que había tenido una cosecha extraordinaria piensa sólo en sí mismo, "en reposar, comer, beber y divertirse"; pero en el corazón de la noche siente una voz que le dice: "¡Necio! Precisamente esta noche tendrás que morir y ¿a quién irán las riquezas que has

acumulado?” La parábola concluye afirmando tajantemente: “Esta es la situación de los que acumulan riquezas sólo para sí mismos y no se preocupan de enriquecerse frente a Dios”.

Por lo tanto el pensamiento de Jesús respecto al dinero aparece muy claro en el conjunto de los evangelios: *los bienes materiales son un valor en relación al reino sólo si se comparten*; quien los posee debe renunciar a tenerlos exclusivamente para sí mismo y estar dispuesto a compartirlos con aquéllos que no los tienen, con los pobres; de lo contrario no podrá “entrar en el reino de Dios”, se convierte en un ídólatra que sirve al ídolo dinero⁷.

Que sus discípulos hayan acogido su pensamiento se deduce por la manera en la cual se organizaron desde este punto de vista después de su muerte y resurrección, cuando ya su Espíritu había descendido sobre sus corazones. En los hechos de los apóstoles se dice:

“La multitud de los que habían creído tenían un solo corazón y una sola alma y ninguno tenía en propiedad lo que les pertenecía, sino que cada cosa era común entre ellos [...]. En efecto, ninguno entre ellos tenía necesidad, porque cuantos poseían campos o casas los vendían, llevaban el importe de

lo que habían vendido y lo depositaban a los pies de los apóstoles; y luego se distribuía a cada uno según sus necesidades”.

El texto, ciertamente, parece una idealización como lo hacen ver los exegetas, pero no se puede negar que nos permite vislumbrar cuál fue el criterio que guiaba a las primeras comunidades en sus relaciones con los bienes materiales y la actitud de fondo que tenían hacia ellos⁸.

Otras indicaciones en la misma dirección se pueden rastrear fácilmente en otros escritos neotestamentarios. Por ejemplo en las cartas paulinas, en las cuales “la insaciable avaricia” se califica abiertamente como “idolatría”⁹, o en la *Primera Carta a Timoteo* en la cual se afirma que “el amor al dinero es la raíz de todos los males; algunos, por codiciarlo, se han apartado de la fe y se han ocasionado a sí mismo muchos males”¹⁰.

Naturalmente la actitud vivida y propuesta por Jesús adquiere connotaciones nuevas en el momento histórico actual, el cual refleja realidades profundamente diferentes. Para convencerse basta pensar en el fenómeno de la globalización, el crecimiento acelerado de los multimillonarios, la inversión en armamentos, el tráfico de drogas, etc., así como en sus concretas consecuencias de

pobreza y desigualdad humana. Por lo tanto, contra lo que pensamos comúnmente, el riesgo de ser idólatras acecha a toda vida cristiana.

Actitud frente al poder

“Ustedes saben que los jefes de las naciones las gobiernan tiránicamente y que los dirigentes las oprimen. No debe ser así entre ustedes”¹¹.

Es muy probable que estas palabras hayan salido de la boca de Jesús como también es probable que, cuando las dijo, haya tenido en mente lo que tanto él como muchos otros experimentaban día a día, es decir la arrogancia con la que ejercían la autoridad ya sea quien gobernaba Palestina en nombre del emperador romano, como sus subalternos. Y al interno del mismo pueblo, sus jefes político-religiosos: el rey Herodes, los sumos sacerdotes del Templo y el Sanedrín.

Más o menos todos ellos habían hecho de su poder un instrumento de dominio sobre los otros: mandaban sobre ellos haciendo sentir de manera pesada su dominio. Ninguna participación en las decisiones colectivas se concedía a la gran mayoría de las personas, las cuales se veían reducidas a la condición de objeto

de las decisiones ajenas. Las cosas que le tocaban más de cerca y que regulaban la vida económica, cultural, y hasta religiosa eran decisiones de otros, sin ningún tipo de consulta y casi siempre en contra de los verdaderos intereses comunes.

Este esquema se reproducía luego, más reducidamente, en las relaciones entre hombres y mujeres y entre padres e hijos. El poder de los hombres adultos se extendía, incluso, a este ámbito. Mujeres y niños debían someterse a sus decisiones muchas veces caprichosas y egoístas. Así, en la vida colectiva del pueblo, se creaba una convivencia que hoy llamaríamos “asimétrica”, en la cual algunos tenían en mano el poder de decisión y los otros estaban totalmente privados de él.

Jesús mismo fue víctima de tal situación cuando fue llevado al tribunal frente a las dos máximas autoridades del pueblo: la romana y la judía. Haciendo uso de sus poderes las dos decidieron su muerte. A pesar de obtener lo que querían manipularon las cosas, incluso en contra de la más elemental justicia¹².

Ciertamente fue frente al máximo poder del mundo entonces conocido, el imperio romano, que Jesús declaró de manera solemne *su*

pensamiento sobre el poder a la luz del reino de Dios. En el evangelio de Juan, ante la pregunta de Pilato si él era rey, Jesús respondió afirmativamente, pero dejando bien en claro inmediatamente: "Mi reino no pertenece a este mundo"¹³. La frase no se debe entender como negación de la "dimensión terrena" del reino de Dios, ya que hasta entonces él no había hecho otra cosa que realizar signos de su presencia, sobre esta tierra; más bien se debe entender como la negación de una semejanza con los reinos de los cuales él tenía experiencia.

"Pero entre ustedes no debe ser así", dijo él categóricamente a los discípulos que, siguiendo la corriente de una manera tal de ejercitar el poder, discutían sobre quién de ellos tendría una mayor posesión en el reino. Y diciendo estas cosas les hacía entender el *verdadero valor del reino*: "Si alguno de entre ustedes quiere ser grande, que se haga siervo de todos"¹⁴. Por lo tanto el poder se vive como *servicio* a la luz del reino de Dios.

"Poder" quiere decir facultad de decidir, de decidir las cosas que tienen que ver con todos y de decidir de tal manera que los otros deban aceptar la decisión tomada. Pero para que la convivencia entre las personas y los grupos humanos

sea un espacio de la soberanía de Dios, es necesario, ante todo y según el pensamiento de Jesús, que tal facultad de decidir no sea monopolizada por algunos excluyendo a los otros. La facultad de decidir debe *compartirse* lo más posible. Hoy, traduciendo tal orientación, se podría decir que lo que interesa a todos debería ser decisión, lo más que se pueda, de todos. Una sociedad, ya sea pequeña o grande, donde las cosas se deciden solamente por algunos, tanto individuos como grupos, mientras los otros, no obstante su capacidad de poder hacerlo, no son tomados en cuenta, es la negación del reino de Dios.

Y además, poniéndonos siempre en el pensamiento de Jesús, allí donde las circunstancias exigen que alguno esté llamado a ejercitar el poder habiendo muchos otros, él lo debe hacer siempre como *servicio* del bien hacia los otros y no para sus propios intereses. Jesús mismo dio el ejemplo a través de su manera de comportarse¹⁵. Nos lo recuerda el texto antes citado, el cual continúa con el pensamiento ya enunciado sobre la necesidad de llegar a ser siervos de los demás: "También el Hijo del Hombre -añade-, ha venido no para ser servido, sino para servir y para dar la propia vida como rescate para la liberación de muchos"¹⁶.

Los documentos *neotestamentarios* ¹⁷ atestiguan que tal orientación se asimiló y se puso en práctica en las primeras comunidades, incluso frente a no pocas dificultades y tentaciones de sentido opuesto. Entre éstos merece la pena citar, por su transparencia e incisividad, el de la *Primera carta de Pedro*:

“Esta es la exhortación que dirijo a los responsables de sus comunidades yo que comparto con ellos esa responsabilidad y soy testigo de los padecimientos de Cristo y partícipe ya de la gloria que está a punto de manifestarse: Apacienten el rebaño que Dios les ha confiado, no a la fuerza, sino con gusto, como Dios quiere; y no por los beneficios que pueda traerles, sino con ánimo generoso; no como déspotas con quienes les han sido confiados, sino como modelos del rebaño. Así, cuando aparezca el supremo pastor, recibirán la corona de la gloria que no se marchita”¹⁸.

Este texto es más significativo si se tiene en cuenta que se atribuye, aunque sea por pseudo epigrafía, a Pedro, a quien Jesús había atribuido la responsabilidad última en relación a toda la comunidad, según lo que atestigua la tradición neotestamentaria¹⁹.

Hoy esta orientación de Jesús adquiere una particular relevancia en un mundo en el cual el ejercicio

del poder frecuentemente, a pesar de las formas indiscutiblemente más democráticas y maduras en los últimos siglos y décadas, continúa siendo monopolizado por algunos pocos ya sea abiertamente o de manera sutil, con la consecuente marginación de las mayorías. También respecto a esta particularidad de la figura de Jesús merecería la pena un anuncio teológico, pastoral y catequético que se haga cargo de no provocar una lamentable distorsión. Él tendría que ser propuesto como una *alternativa crítica* en relación a tales actuaciones del poder que no están en función del servicio sino del dominio y que como tales son la negación de la soberanía de Dios en el mundo.

Actitud frente al prestigio

Los estudiosos han puesto de relieve que en la sociedad de Israel de los tiempos de Jesús, el prestigio constituía *uno de sus valores fundamentales*. Las personas eran extremadamente sensibles a la estima de los otros. Esto daba origen a una verdadera *escala social*, en la cual cada uno ocupaba su propio puesto y tenía su propio *estatus* en razón de la sangre, del dinero, de la autoridad, de la virtud, de la ciencia. Cada uno tenía que observarla cuidadosamente, incluso mediante el respeto por la manera de vestir, de hablar, de comportarse

y ocupando el propio puesto en las asambleas, en los banquetes y en los diferentes tipos de encuentro²⁰. Luego, en esta jerarquía de prestigio, había hombres y mujeres que sencillamente “no contaban” porque carecían de estatus. No se jactaban ni por la estirpe, ni por la riqueza, ni por la ciencia, ni por la virtud. Eran los pequeños, los pobres, los pecadores, los publicanos, las prostitutas, “el pueblucho ignorante”.

Ante todo Jesús se opone al prestigio con su manera misma de actuar. En efecto, se comporta como uno que *no se preocupa ni se cuida por el prestigio o por la fama*. Leyendo los evangelios se recaba la sensación de que él no presta atención a lo que piensan o dicen los otros de él y de su manera de ser y de actuar, especialmente los que son esclavos de la propia gloria²¹. No demuestra sentir ninguna preocupación por el hecho de frecuentar la compañía de aquellos que no gozan de buena reputación en Israel y no deja de frecuentarlos sólo porque los otros, los llamados “justos”, murmuran criticando su manera de actuar. A lo sumo les ofrece una ocasión para reflexionar, poniendo en evidencia los motivos profundos²².

Por ejemplo, en el caso de la llamada de Leví-Mateo²³, se le ve llamándolo a seguirlo a pesar de ser

un publicano; en su participación del almuerzo en la casa de Zaqueo, considerado un pecador por los justos²⁴; o bien en la escena de la mujer que le lava los pies durante un banquete en casa de Simón el fariseo, conocida como pecadora pública²⁵. Y de manera más general cuando los escribas y fariseos murmuraron porque acogió a los publicanos y a los pecadores y se sentó a la mesa con ellos²⁶.

Algo parecido sucede cuando se trata de cumplir las acciones que lo hacen “impuro” desde el punto de vista legal. El caso del leproso de Mc 1, 40-42 es un buen ejemplo. Incluso cuando es acusado de mala fe, de “comelón y bebedor”²⁷, él no demuestra sentirse preocupado porque su honor haya sido ofendido, más bien se lamenta de la insensibilidad de “aquella generación” frente a lo que Dios está operando a través de sus intervenciones, especialmente en favor de los excluidos.

Algo similar sucedió cuando, en presencia de sus exorcismos, algunos escribas que venían de Jerusalén lo acusaban de estar “poseído por un espíritu maligno”²⁸. Él los estimula a razonar y a no permanecer en ese estado de cerrazón que les impide acoger la acción del Espíritu Santo que está actuando frente a ellos.

Pero más allá de comportarse de manera libre en relación al prestigio y el estatus, él también denunció ásperamente la conducta de los que viven para ellos mismos. El evangelio de Mateo le atribuye frases muy fuertes al respecto:

“Todo lo hacen para que los vea la gente: exageran sus distintivos religiosos y alargan los adornos del manto; les gusta el primer asiento en los banquetes y los puestos de honor en las sinagogas, el ser saludados por las calles y que los llamen maestros”²⁹.

De las frases citadas se puede recabar que en esta actitud de búsqueda de la propia gloria, generadora de una manera de convivencia injusta y antifraterna, Jesús ve *uno de los fundamentales antivalores* a la luz del reino de Dios. Él pone de relieve que eso significa volverse esclavos de lo que en un escrito del Antiguo Testamento se llama “preferencia de personas”³⁰. Tener “preferencia de personas” significa, en efecto, tomar en consideración la “máscara” que ellas se colocan, pero considerando la inevitable pérdida de su genuina identidad personal.

Por su manera de actuar se deduce, pues, que, para Jesús *cada persona es importante por sí misma* y no por los méritos o los títulos que posea.

En efecto, se ocupa con ternura y solicitud especial de los más pequeños, es decir de los que no tienen ningún estatus en Israel, porque ve en ellos a los hermanos necesitados de ayuda y sostén. Ciertamente no excluye de su preocupación a “los grandes”, los que gozan de prestigio y honor ya que también ellos están necesitados de ayuda. Los acoge en cuanto tales y no porque gocen de prestigios y honores. A ellos especialmente dirige una palabra programática:

“Él llamó a un niño, lo puso en medio de ellos y dijo: Les aseguro que si no cambian y se hacen como los niños no entrarán en el Reino de los cielos”³¹.

Volverse como niños no quiere decir, como algunas veces se ha entendido, imitar su inocencia, o adquirir su dulzura o su simplicidad, lo que podría volverse, incluso, hasta un defecto. Tampoco significa cultivar simplemente en sí mismos la fe radical que los niños generalmente tienen hacia sus padres, algo también absolutamente necesario en quien se pone en relación con el Dios del reino. Significa despojarse de la máscara que el honor y el prestigio otorgan; en una palabra, del estatus que crean los seres humanos. Solamente así se puede entrar con Jesús y como él en el reino de Dios,

porque hasta entonces es que se habrá llegado a la disposición de construir una convivencia fundada sobre lo que realmente es esencial al hombre. El reino de Dios es, en este sentido, un reino de niños, es decir, de personas que no buscan la fe en el prestigio ni se relacionan con los demás haciendo preferencias de personas.

Como seguidores de Cristo, como iglesia, debemos tener esto muy presente. Ser cristianos o miembros de la iglesia no es un honor y menos aún una prebenda, a diferencia del pensamiento de muchos, incluyendo a tantos cristianos de hoy en día.

Conclusión

Es de reconocer con honestidad que por mucho tiempo la iglesia se preocupó por formar personas con sólidos fundamentos cristianos, pero enfatizando demasiado una ética muy individualista. Efectivamente, daba la impresión de que lo más importante era no sentirse culpable por la conducta personal; y si luego seguía existiendo mal en el mundo ya no era responsabilidad cristiana.

Pero también hay que tomar en cuenta que la iglesia mantiene la preocupación de formar cristianos comprometidos con la construcción

de un mundo mejor; de allí la importancia de un encuentro personal con Jesucristo.

Debido a que la salvación que él nos trae es integral (no sólo del alma) y que, de alguna manera, ya queda inaugurada desde nuestra vida terrena la iglesia, desde sus mediaciones, debe hacer una opción clara por formar cristianos críticos, participativos y solidarios.

Ante los desafíos lanzados por las nuevas realidades (culturales, sociales, económicas y políticas) del mundo de hoy, podemos descubrir la importancia que tiene el reclamo de repensar la genuina figura histórica de Jesucristo. No hacerlo equivaldría a condenar a los cristianos a la esterilidad religiosa o bien los obligaría a vivir en una especie de esquizofrenia.

En efecto, la fe en Jesucristo nos ayuda a descubrir y a denunciar los puntos débiles de una cultura que, muchas veces, se presenta con un talante de autosuficiencia y de perfección moral, pero que en el fondo es individualista e insolidaria.

En su actividad en orden al reino anunciado, más allá de actuar en favor de las personas individuales, Jesús de Nazaret también actuaba en relación a la sociedad de su

pueblo. Sus intervenciones contemplaban, en consecuencia, las situaciones sociales.

Al inicio del artículo dijimos que, en el intento de recuperar la genuina humanidad de Jesús, oscurecida en el camino histórico de la fe eclesial, se quería poner de relieve un elemento de relevante importancia: que la centralidad del reino de Dios tenía que ver con la manera en la cual él actuaba.

No podrían faltar, pues, en el anuncio pastoral y catequético de Jesucristo estos rasgos relevantes de su persona, de su propuesta y de su praxis con su carga decididamente crítica. Frente a realidades de prestigio, de poder y de riqueza, la fe cristológica debe ejercer una función crítica, mostrando los *antivalores* aún latentes en un proyecto social como el que aún se vive en América Latina.

Citas bibliográficas

- 1 Cfr. FUELLENBACH J., *Reino de Dios*, en LATOURELLE R. – FISICHELLAR. - PIÉ NINOT S., *Diccionario de Teología Fundamental*, San Pablo, Madrid, p. 1992, 1116.
- 2 Cfr. BOFF L., *Jesucristo Liberador. Ensayo de*

cristología crítica para nuestro tiempo, Sal Terrae, Santander, p. 86.

- 3 Cfr. FUELLENBACH J., *Reino de Dios*, en LATOURELLE R. – FISICHELLAR. - PIÉ NINOT S., *Diccionario de Teología Fundamental*, p. 1119.
- 4 Cfr. por ejemplo 1Re 18, 19-40.
- 5 Cfr. Mt 14, 13-21; 15, 32-38; Mc 6, 35-44; 8, 1-9; Lc 9, 10-17.
- 6 Cfr. DI SANTE C., *Il Padre Nostro. L'esperienza di Dio nella tradizione ebraico-cristiana*, Cittadella, Assisi, p. 1995, 159-160.
- 7 Cfr. Mt 6, 24.
- 8 Cfr. Hech 4.32.34-35.
- 9 Cfr. Col 3, 5.
- 10 Cfr. 1Tim 6, 10.
- 11 Cfr. Mt 20, 25-26; Mc 9, 42-43; Lc 22, 25-26.
- 12 Cf. BROWN R., *La morte del Messia*, Queriniana, Brescia, 1999, p. 364-640 y 752-972.
- 13 Cfr. Jn 18, 36.
- 14 Cfr. Mc 10, 43.

- 15 Cfr. *Poder de Dios*, en HAAG H. - VAN DEN BORN A. - DE AUSEJO S., *Diccionario de la Biblia*, Herder, Barcelona, 2000, p. 1542.
- 16 Cfr. Mc 10, 45.
- 17 Hechos de los Apóstoles, cartas paulinas y otros.
- 18 Cfr. 1 Pe 5, 1-4.
- 19 Cfr. Mt 16, 17-10; Jn 21, 15-17.
- 20 Cf. DERRET J.D.M., *Jesu's Audience. The Social and Psychological Environment in which He Worked*, Darton, London, 1973, p. 40.42.73.
- 21 Cfr. Jn 5, 41-44.
- 22 Cfr. Lc 15, 1-2.
- 23 Cfr. Mc 2, 16-17; Mt 9, 9; Lc 5, 27.
- 24 Cfr. Lc 19, 7-10.
- 25 Cfr. Lc 7, 39-47.
- 26 Cfr. Lc 15, 1-2.
- 27 Cfr. Mt 11, 19.
- 28 Cfr. Mc 3, 30.
- 29 Cfr. Mt 23, 5-7.
- 30 Cfr. Sir 35, 4.
- 31 Cfr. Mt 18, 2-4.

Bibliografía

BOFF L., *Jesucristo Liberador. Ensayo de cristología crítica para nuestro tiempo*, Sal Terrae, Santander.

BROWN R., *La morte del Messia, Queriniana*, Brescia, 1999.

DERRET J.D.M., *Jesu's Audience. The Social and Psychological Environment in which He Worked*, Darton, London, 1973.

DI SANTE C., *Il Padre Nostro. L'esperienza di Dio nella tradizione ebraico-cristiana*, Cittadella, Assisi, p. 1995.

HAAG H. - VANDENBORN A. - DE AUSEJO S., "*Poder de Dios*", en *Diccionario de la Biblia*, Herder, Barcelona, 2000.

FUELLENBACH J., *Reino de Dios*, en LATOURELLER. - FISICHELLA R. - PIÉNINOTS., *Diccionario de Teología Fundamental*, San Pablo, Madrid, p. 1992.